*Defensa cristiana católica de la Constitución
novísima de España.*

NOTA INTERCALAR.

Entre el número 2.º y 3.º de esta Defensa se ha de tener entendido que aunque el Autor estaba preparado á recibir descargas de bala roja, por lo que es en el discurso de esta semana que acaba, no ha recibido sino una, y ésta no con bala ni roja ni blanca, sino con brebas maduras, con las que se ha saboreado muy bien. Y el cartucho era un papelillo muy ligero, y muy oportuno para que los niños hiciesen cometas con él, porque sin duda volarian bien por el aire. Por esto se pensó no contestar. Sería darle mérito y precio. Nada prueba de aquello que dice. Con que debiera quedarse en pura conversacion. Pero por atencion al que lo firma, se dirán dos palabritas.

Se le acusa al Maestro Dominico, que falsamente se supone el Editor, que ha faltado á la caridad, ridiculizado ó satirizado inurbanamente al Redactor de la gaceta Pinciana. ¿Pero ha faltado á la justicia? ¿Ha levantado algun falso testimonio? ¿Le han obligado á que se retracte y dé satisfaccion á la parte ofendida? Nada de eso. ¿Ha revelado lo que pasa en conversaciones secretas de personas respetables, y ofrecido dar pruebas de lo que no habia? Tampoco. Pero era preciso hablar con mucho miramiento á la persona del Redactor, y sin alusiones que pudieran aplicarse á sus privados hechos ante-

riores, ó loable conducta presente en beneficio de la patria. ¿Y quién nos ha impuesto aquel precepto afirmativo, ó este otro negativo? ¿Qué puede perjudicarle la infracción? ¿No le conoce todo el mundo? ¿No se sabe que es un hombre de virtud, y el buen ejemplo de santidad que está dando á todos los ciudadanos? ¿Hay en Valladolid quien ignore el ejemplo que dió de lealtad y de otras virtudes cristianas en el tiempo de nuestra desgraciada esclavitud? Pues si no hay quien ignore nada de esto, es imposible que le perjudiquen las interpretaciones voluntarias que se den á algunas expresiones del Maestro Dominico, ni que en ellas haya faltado á la caridad. Ya que no pueda éste emplearse en cosa de mas entidad, como redactar una gaceta, lo que tampoco haria por no decir bien con su estado, á no ser en un caso muy urgente, déjesele á lo menos continuar lo que ha ofrecido de defender á nuestra santa y sabia Constitucion en lo cristiano católico, y en lo moral, de lo que por descuido, ó de otro modo la ofendieren gaceteros (de la ministerial no se habla) y papelonistas, sean Valisoletanos, sean Gallegos ó Andaluces, segun vengan á su mano. Y si aun asi el Redactor se empeñare en que la caridad del Maestro Dominico es imperfecta, y tan fervorosa la suya, que le dilata el corazon hasta el extremo de romperle las costillas (como á san Felipe Neri), daremos gracias á Dios. No hemos de repetir ahora la cuestion que hubo entre Fenelon y Bossuet. Y solo conviene saber, que cuando se examinaba este punto en Roma se le escapó al Papa el chiste de decir que el uno pecaba por mucha caridad, y el otro por poca. Pero la sentencia fue contra el que pecaba por mucha caridad. Fenelon publicó la condenacion de su sentencia, y la retractó; y nuestro Redactor ha dado pruebas de que le sabe

imitar en este acto de humildad. Con que vamos á seguir en nuestro asunto *in charitate veritatis, et in veritate charitatis*, sin miedo á los palos con que amenaza, porque tendrá algun respeto al canon: *Si quis suadente diabolo*. Eso faltaba, que el diablo persuadiendo y él egecutando, diesen de palos á un viejo.

Defensa cristiana católica de la Constitucion novísima de España.

Ya que empezamos por la Gaceta Valisoletana, y están sobre la mesa algunas de ellas con varios capítulos en que elogia y explica la sabia Constitucion, que va á hacernos felices, como lo hemos empezado ya á experimentar en estos cortos momentos de nuestra novísima existencia, continuaremos hablando de ellas, y con tanto mas placer, cuanto es mayor el de volver á leer muchas veces las reflexiones oportunas que hallamos, no obstante los descuidillos bastante frecuentes y perjudiciales que se han notado ya en su núm. 2º, y se notarán en otros; el primero no le he visto.

Habla, pues, en el 3.º de la carta constitucional de España, porque dice que dejar de hablar de ella, y observar un silencio cartusiano, sería una culpa *imperdonable*. Imperdonable nada menos, y no irremisible, porque esto es mas español y mas latino, y lo otro mas francés. Imperdonable nada menos, que es decir, mucho peor que si fuese caso reservado: y sin que se entienda por eso que niega la remision de los pecados que confesamos en el *Credo*. Dice que *todas las plumas de Europa se ocupan hoy, digámoslo así, en publicar, elogiar y ensalzar á la España en su grande y admirable transformacion. ¿A quién no se*

le cae la baba de contento? El español mas humilde y moderado se sentirá tentado á vanidad, porque casi todos lo creerán como creemos aquello que nos lisonjea. Con todo eso, yo tengo alguna dificultad en pasar por la generalidad de la expresion. Sin que todas las plumas de Europa se ocupen en elogios de nuestra admirable transformacion, bastaria para su honor y nuestra satisfaccion completa el que comunmente se apruebe, y que nadie la censure. Los elogios excesivos mas perjudican que honran: obligan á que se dude de los merecidos y justos. Ni basta recurrir al hipérbole para escusarse. Hay muy grande diferencia entre éste y la mentira. Y en efecto, entre los poquísimos papeluchos que la casualidad trae á mi mano, veo no pocos en que se insertan dichos y relaciones que afrentan, deshonoran é infaman á España, y esto sin perdonar á calumnias manifiestas y groseras. ¿Y creeremos que los extranjeros han de ser mas liberales con nosotros que los mismos españoles? Pues aqui cerca del codo tengo uno que vale por mil y quinientos. Se intitula *Pan y Toros*, y asi en la portada como en una nota prévia se atribuye, para darle curso, á Don Gaspar Melchor de Jovellanos, reimpresso novísimamente en la misma oficina en que se imprime la Gaceta Valisoletana. ¿Si será para que corra al lado de ella y se vean las plumas empleadas en elogiar á la España? Voy á copiar algunos poquitos de los muchísimos elogios con que nos honra el citado papelucho, que de ninguna manera reconoceria el señor Jovellanos. Y ninguno que tenga narices se podrá persuadir que saliese un tal discurso de una pluma empleada en ilustrar doctamente, y nunca en afrentar con denuestos á su amada patria.

Poco despues del principio dice que se le ha presentado la España en una vision; y que en pri-

mer lugar la vió niña; pero "niña débil, sin po-
 "blacion, sin industria, sin riqueza, sin espíritu pa-
 "triótico y sin gobierno conocido: unos campos
 "yermos y sin cultivo: unos hombres sucios (mu-
 "chas gracias) y desaplicados, unos pueblos misera-
 "bles y sumergidos en sus ruinas, &c. &c." ¿Pues
 qué habia de empezar España por donde los reinos
 mas florecientes acaban? Y ¿cómo es que la España ni-
 ña estaba ya sumergida entre sus ruinas? ¿Quién habia
 levantado en España los edificios arruinados para se-
 pultar entre escombros á la recién nacida niña?
 ¿Cuándo estaba despoblada y yerma al modo que es-
 taba el año despues del diluvio, qué rusos ó mos-
 covitas vinieron á edificar y arruinar despues sus
 edificios para sepultar entre ellos á España nacies-
 te? No sé cómo se pueda explicar la metáfora para
 que corra dos pasos: ni la historia presta fundamento
 para ello aunque fuesemos á registrar los archivos
 de Santovenia y la Overuela. Pero sigan los elogios
 de nuestro panegirista, porque lo dicho no es mas
 que el *Per signum crucis*.

Añade que vió tambien á la España ya mucha-
 cha. ¡Pero, qué muchacha! ¡Válgame Dios, qué mu-
 chacha! "Muchacha sin instruccion y sin conoci-
 "mientos: un vulgo bestial (benditas sean tales plu-
 "mas empleadas en honrarnos): una nobleza que
 "hace gala de la ignorancia (¿si sería noble este es-
 "critor?): unas escuelas sin principios (y en efecto,
 "yo me acuerdo que cuando empecé á estudiar gra-
 "mática me pusieron á la cola): unas universidades
 "fieles depositarias de las preocupaciones de los si-
 "glos bárbaros (sin duda que estudió en ellas el au-
 "tor): unos doctores del siglo X (¿qué viejos serán
 "los pobrecitos!): y unos premios destinados á los
 "súbditos del Emperador Justiniano y del Papa Gre-
 "gorio IX (¿por dónde estudiaría el derecho este Ju-

»rista sabiondo?).» Siguen todavía los elogios, y dice que ha visto «una España jóven, y al parecer »llena de espíritu marcial: multitud de regimientos »aguerridos en las fatigas militares de rizarse el ca- »bello, blanquear con harina el uniforme, y arre- »glar los pasos al compas de las contradanzas: una »marina que puede surtir al oriente de grandes y fi- »nísimas pieles de ratas: y unas orquestas bélicas, »capaces de afeminar los mas rígidos espartanos.» No es este, á la verdad, el concepto que se ha formado en Europa de los egércitos, y de la marina española. Que lo digan los franceses. Que lo digan tambien los ingleses. El Marqués de la Romana y su egército en el Norte, y mas las reliquias que pudieron volver á España, no dieron pruebas de que solo sabian rizarse el cabello y blanquear con harina el uniforme. Lo mismo probaron sobradamente las demas tropas del reino, fuesen las tropas de línea, ó fuesen las partidas sueltas. Asombró á toda la Europa ver que España representó el hecho de Sanson. Se dejó atar, yo no sé si por engaño, ó por imprudencia. Se vió sin egército, sin armas, sin municiones, sin pertrechos, dispersas las pocas tropas que habían quedado en el reino, ocupadas ya las plazas y puntos militares de una gran parte de él, y hasta la misma metrópoli por el egército enemigo. Véase ahí á Sanson atado de pies y manos. Despierta no obstante el famoso día dos de mayo: empieza á romper las ligaduras en Madrid, y al momento en todo el reino empieza la lucha con tan formidable enemigo, y con sus numerosísimas legiones. La Europa fija la vista en España: unos se admiran de tan extraordinario valor; y otros se burlan de la que creian temeridad y locura. Entre estos hubo no pocos españoles que calcularon muy mal, y mostraron que ni con cien leguas merecian el con-

cepto que habian disfrutado. Se agregaron otros que flaquearon ó por debilidad, ó por interés, ó porque la corrupcion de costumbres simpatizaba con las de nuestros enemigos. Estos apóstatas fueron, á mi ver, los que mas perjudicaron á la justa causa del cuerpo de la nacion: hicieron el triunfo mas difícil, y retardaron el suceso. Sin estos enemigos domésticos poco hubieran podido, y acaso nada hubieran intentado los extraños. Pero al fin, la Europa vió que España se sostenia con honor: vió al enemigo comun debilitado y desangrado; y volvió á tomar las armas contra él, exceptuada la Inglaterra que no las habia dejado de la mano; y el resultado ha sido cual se ha visto y se está viendo. Esto ha hecho España, y esto esas tropas que no sabian sino rizarse el cabello, enharinarse el uniforme y marchar al paso de las contradanzas, segun el papelucho reimpreso en la oficina, y gemelo, por decirlo asi, de la gaceta Pinciana.

Y de la marina, ¿Qué diremos? que se acuerde el autor del papelucho de dos navíos españoles, que por equivocacion se tienen el uno al otro por enemigo, y se baten con tal denuedo y teson que la lucha no acabó hasta echarse á pique el uno al otro casi á un tiempo. ¿Hay muchos egemplares de estos en la historia? Pues acuérdesese el papelonista ademas de lo ocurrido en la batalla de Trafalgar, en que se luchaba con el famosísimo Nelson: que se acuerde de los nombres de los generales de la division española: que mida el valor y pericia de estos con la del general frances; y que pregunte últimamente al mismo general Nelson y á sus compañeros, si fue en la marina española, ó fue en la francesa en donde encontró la resistencia y la bala que acabó la vida de aquel famoso marino. La España sufrió la derrota, porque supo sostener el combate con honor;

y la marina francesa se salvó intacta porque supo huir. ¿Y con todo eso, y á vista de unos hechos tan recientes se atrevió el papelonista á insultar con tanta indecencia á los marineros españoles? ¿Pero por qué habia de perdonarles, si no se perdona á clase alguna, segun es uso y costumbre? Esta es la justicia, este el honor, y este el respeto á su madre la patria. Esta es la moral de los que acusan á todos de inmoralidad. Pero prosigamos todavía con su panegirico elegante.

Añade que tambien ha visto á España ya *viril*, (ya la niña se volvió varon) *sábida*, *religiosa* y *profesora de todas las ciencias*. Mas ¿con cuánta indecencia se mofa de la religiosidad de esta su patria y compatriotas? Debe querer este buen hombre que haya un reino sin vulgo, sin ignorantes, sin rudos, sin defectuosos ni defectos: un reino en que no haya algunos que se propasen por una crítica cruel, como la suya, y algunos otros boquirubios que por simplicidad se devoren las relaciones mas absurdas. Debe pretender que haya reino en que no se encuentre algo de irreligion, por exceso ó por defecto, por supersticion ó por algo de incredulidad. Lo bien sabido y experimentado es que donde hay menos religion y menos estudio de ella, es en donde hay mas supersticiones y mas ridículas ineptias que las que quiere imputarnos á nosotros. Váyase á Francia en donde se rayó la teología de la lista de las ciencias, y en los católicos del vulgo observará devociones y expresiones, que si no fueran lastimosas, harian reir á carcajadas. A mí llegaron mas de una vez mugeres devotas á encomendarme una misa *por la intencion de su ganadito*. Alguna ú otra llegó tambien á encargármela por la *intencion del santo espíritu*. Pues oiga vm. mas, señor criticon de nuestras ignorancias y supersticiones. Me encomendó una muger una misa por la

salud de un niño enfermo. Estaba como inconsolable. Y hubo la felicidad de que el niño mejorase, y eso bastó para que se creyese en el pueblo que las misas del padre español eran buenas y pintaban bien en las dolencias de los niños. Y esta sandez supersticiosa, que yo no podía, ni me convenia corregir, me valió otras varias misas de muy buen honorario, al que á veces añadian un *sous* para un mementico á parte por el alma de &c.: otro *sous* para otro mementico por &c. y otro y otros á este modo. Y aguarde vm. que se me olvidaba lo mejor. Hallándome sólo en mi cuarto se me entró muy de secreto una cierta señorita de lo principal del país. Se mostró muy afligida por un trabajo que la sucedia, y que venia á revelarme, para que yo la socorriese con todas mis fuerzas. ¿Qué trabajo será este, me dije á mí mismo, en que un viejo prisionero y en país extraño podrá socorrer á una señorita jóven y rica en su país y entre su familia? Nos sentamos á la chimenea: cogí la tenaza y compuse el fuego para que *Madamoiselle* se calentase, y ella empezó su relacion encargándome el secreto. Yo tenia novio, me dijo: pero ¡ah *Mondieu!* yo no sé si ya le tengo: un novio que me adoraba, y no le amaba yo menos sin hacerle gracia. Era lo que á mí me convenia para ser feliz. Ansiaba por verle á cada momento, y él no se descuidaba en darme este placer, é igual satisfacion á sí mismo. Pero yo soy desgraciada: he nacido para serlo: y aqui otro *Mondieu* con otro suspiro alzando los ojos hácia un militar pintado en la chimenea. Ya estaba todo compuesto, añadió: íbamos á casarnos inmediatamente; y ahora que habian de ser las visitas mas frecuentes, son escasísimas y cortas. No advierto el cariño antiguo: temo que se ha entibiado, ó que se ha enfriado enteramente: ó perdí mi novio, ó voy á perderle. Le suplico pues á vm. me di-

ga una misa al Santo Espíritu á fin de que le reanime. Yo le encargo á vm.: yo le conjuro que apriete todo lo que pueda, y hable á Dios por mí con toda eficacia. ¿No lo hará vm. monsieur? ¿No lo hará vm. por esta desgraciada *fille*? Alargó en fin su limosna, se marchó llorando, y yo me quedé riendo de las sandeces de la señorita. A las tias mas vulgares de mi país no las habia oido semejantes. Quiera, pues, ó no quiera el crítico papelonista, no somos tan rústicos y supersticiosos como su merced pretende. ¿Quiere que le cuente mas? Hallé á una señora leyendo en lengua vulgar las lecciones del oficio de difuntos; y habiéndola explicado algunos de los pasages mas fuertes, me contextó con frescura: por eso me habia parecido á mí que el santo Job habia sido algo insolente hablando con Dios: me parecia que era un hombre impertinente: y ya se sabe que la palabra impertinente entre los franceses equivale á desvergonzado. ¿Diré mas? Otro cuento. Hallé á un Clerizonte de los mas bien empolvados, y conexionado con una de las familias de la mayor reputacion por entonces, que iba á bendecir un caliz nuevo para decir misa con él. Y entrando en conversacion, le dije que aquella bendicion del ritual no era para ese efecto; y que los cálices para servirnos de ellos, debian ser antes consagrados por el obispo. ¿Y qué me respondió el sabio Clerizonte frances? Atencion. Ya tengo escrito al Obispo, y me responde, que vaya diciéndo misa con él, y que cuando venga á visita, entonces le consagrará. ¿Qué dirán á esto los que tanto deprimen al clero de España? ¿Qué, si les contára otras mil cositas que me cuesta trabajo callar? ¿Qué, si fuesen á Inglaterra á observar las estúpidas supersticiones de aquel populacho, segun que las cuentan los naturales católicos que vienen por acá? ¿Cuántas ridiculeces añaden los mahometanos á las

propias de su secta? ¿Cuántas los indios á su idolatría? Sepan los detractores que en parte ninguna hay menos brujas que en España. No somos filósofos; mas no por eso somos tan idiotas y supersticiosos como nos pintan los papelonistas. Se dirá que no son verdaderas devociones las que ridiculiza el autor del papelillo de que hablamos. ¿Y de dónde consta eso? Los que las practican dicen que son devociones, ó demostraciones externas, con que sostienen y fomentan la devocion interior aun en medio de ocupaciones profanas. ¿Habrá razon para privarles de ese consuelo y auxilio proporcionado á su clase y carácter? Y dado que mientan, ¿cómo se les podrá prohibir esa hipocresía oculta? Haya colgajos, como dice, haya altaritos por todos los rincones: esten empapeladas las esquinas con anuncios de novenas: canten los niños en la calle y los ciegos á la puerta de la taberna los misterios adorables de la religion: ¿no servirá todo esto de algun freno que impida muchos excesos? ¿Estos recuerdos continuos que tan enérgica impresion han hecho en la fantasía del escritor para burlarse de ellos, no harán alguna en la mollera de la plebe para respetar la religion y recordar la práctica de la virtud? Si á pesar de todo esto abundan los vicios, ¿cuál sería la cosecha en quitando estos estorvos? Supuesto en fin que sean abusos, enmiéndense enhorabuena por los medios regulares; mas no insultando á la patria: no sonrojando á la Nacion, y sin infamarla en el concepto de las otras. Esta es mi queja; y la fundaré mas todavía en lo que añade el papelillo. Y baste lo dicho por hoy.

P. D. Me ha ocurrido ahora un apólogo ó cuentecito que explica bien la materia. Habia ^{un} barquero en el Tajo enteramente persuadido á que su barca era toda construida de madera de la cruz de Jesucristo.

Con esta persuasión desafiaba todos los peligros, y se exponía temerariamente á ellos, suponiendo que nunca podría ser sumergida ni volcada. Uno fue tan apurado, que los compañeros se daban por perdidos. Mas él los exortaba con fervor. No temais decia: no prevalecerá el infierno contra la cruz de Jesucristo en que vamos embarcados. Confiad en el poder y misericordia de Dios. Y en esto una oleada fuerte arrojó la barca á la orilla. Y entonces como orgulloso el barquero reprendia la poca fe de los otros, y se aplaudía de su confianza en Dios. Y á esta sazón, dicen, que se oyó una voz del diablo que le dijo: *Pues eso es lo que te salva, y no el palo de la barca.* Aplíquelo cada uno como quiera.

VALLADOLID:

IMPRESA DE ROLDAN.

1820.

Se hallará con los números anteriores en la misma imprenta, y en la librería de Rodríguez, calle de Orates.